

Los jóvenes frente a la literatura

MIGUEL OLIVERA GIMÉNEZ

LA CIVILIZACIÓN DE LA JUVENTUD

NACIDO EN S. NICOLÁS (provincia de Bs. Aires) en 1933. Se graduó de profesor en letras en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata en 1959. Ejerció la docencia secundaria y ocupó cátedras universitarias en la Universidad Nacional del Nordeste (1960-62). De 1963 a 1965 fue profesor asistente de teoría y práctica gramatical en la Facultad de Humanidades de La Plata, donde asimismo se desempeñó como secretario del Departamento de Filología. En 1966 se especializó en lingüística en la Universidad de la República Oriental del Uruguay y viajó a México como becario de UNESCO para hacer un curso de estudios orientales, en el que profundizó aspectos de las lenguas y literaturas de China y Japón. Actualmente es profesor de lengua y estilística en la Escuela Superior de Periodismo de la Universidad de La Plata. Autor de trabajos sobre literatura y de diversas traducciones.

MUCHOS fenómenos de la cultura que consumen y a veces producen los jóvenes actuales tienen proyección universal. Eso ha llevado a algunos autores a hablar de una *civilización parcial propia de la juventud*¹, en la medida en que una dosis de autonomía y conciencia de grupo identifica a sus integrantes y los exime de orientar sus valoraciones por aproximación a las de los adultos. Aunque esa dosis de autonomía es relativa, ya que no se funda en valores económicos, religiosos, políticos, etc., exclusivos de la juventud (salvo en el caso de las comunidades *hippies*), también es cierto que en comparación con generaciones anteriores los jóvenes de cada vez más sectores de la sociedad actual disfrutaban de una tolerancia por parte de sus mayores que les permite desarrollar formas propias en materias como las relaciones personales, diversiones, vestimenta, música y lenguaje. Tenbruck caracteriza la situación de la juventud en la sociedad actual por otros cuatro rasgos, además del mencionado: 1) la extensión desmesurada del período

juvenil de la vida, que en el siglo pasado abarcaba aproximadamente de los 15 a los 18 años y hoy podría calcularse entre los 13 y los 25, aunque se sigue expandiendo y abarcando cada vez más niños por un extremo y adultos por el otro²; 2) la inestabilidad e impulsividad en la búsqueda de compromisos vitales, que cuando adopta formas negativas puede degenerar en conductas distorsionadas, pero también se manifiesta positivamente en una constante radicalización y afirmación de autenticidad; 3) la puerilidad del conjunto de la civilización: la conducta de los adultos remeda cada vez más a la de los jóvenes, todas las actividades se tiñen de rasgos lúdicos, la posición de los jóvenes en la vida familiar relega a la de los ancianos, casi marginados del poder de decisión; 4) una convergencia de la conducta juvenil en todos los países desarrollados, favorecida e impuesta como modelo a los sectores metropolitanos de los países dependientes por una compleja red de transmisión de la industria de la cultura, representada por los medios de comunicación de masas.

Es forzoso reconocer que si bien estos rasgos no se dan en nuestro medio con la nitidez que presupone el análisis de Tenbruck para sociedades industrializadas, todos ellos se manifiestan como tendencias en creciente expansión en los sectores más proclives al consumo dirigido por los medios de comunicación de masas, es decir, las clases medias urbanas. No sólo podría aplicarse a estos sectores la caracterización de la civilización parcial juvenil, sino la mayor parte de las causas que la impulsan, y que responden a la confluencia de factores sociales y económicos: la creciente importancia de los grupos de edad homogénea en la determinación de la conducta infantil, el reemplazo de pautas de autoridad jerárquica por relaciones de camaradería dentro de la familia, el alistamiento de los jóvenes en estructuras sociales secundarias (escuelas, clubes, sindicatos, grupos artísticos o culturales), una autonomía económica precoz, que permite un acceso casi ilimitado a la realidad concreta del mundo de los adultos. En el complejo de incitaciones que este mundo les ofrece (vida sexual, vida profesional, entretenimientos, empleo del tiempo libre, producción y consumo de bienes culturales), los jóvenes han sido inducidos a elegir y utilizar ciertos elementos de acuerdo con sus propios fines e intereses. Es lógico que la juventud haya intentado entonces regimentar su propia vida explorando esa realidad mul-

¹ TENBRUCK, FRIEDRICH H.: *La juventud moderna*, en "Diógenes", N° 35 (diciembre de 1961), págs. 3-37.

² Un reciente anuncio publicitario de pantalones vaqueros presenta a una pareja de niños jugando a las escondidas en un parque (con suspicacia, puede interpretarse como un juego amoroso) y la leyenda propone: "Ahora también para muchachos y chicas de 4 a 12 años" (diario "Clarín", Buenos Aires, 13 de diciembre de 1971).

Los jóvenes frente a la literatura

tiforme mientras buscaba desarrollar sus valores, actitudes y normas peculiares para no perderse en un caos de alternativas.

La maquinaria de la sociedad de consumo, sin embargo, es demasiado poderosa y bien organizada como para permitir que se le escape un cliente tan propicio como el joven que ha adquirido poder adquisitivo. El joven (y ahora ya también el niño) constituyen modelos paradigmáticos de consumidor: tentados, inconstantes, con escasos frenos previsionales, dóciles al “efecto de demostración” de los economistas.

Los caracteres de ese subproducto de la sociedad de consumo que se llama cultura de masas constituyen ya el objeto de una profusa bibliografía, casi siempre crítica. Detractores y panegiristas coinciden en que se da una oposición irreductible entre cultura de masas y la herencia espiritual de la civilización occidental, convertida en cultura de élites. Tenbruck señala que esa herencia espiritual está ligada a las concepciones y sentimientos específicos de la edad avanzada, de modo que el deterioro de éstos que él califica de “puerilidad” de la civilización implica la pérdida de la parte esencial de la herencia espiritual.

Con diferentes argumentos, derivados de su conocida tesis de que los medios de información condicionan el pensamiento, Marshall McLuhan sostiene la caducidad de toda la civilización fundada en la escritura lineal: la “galaxia de Gutenberg” cede el paso a la “aldea electrónica”, en la que la información se da instantánea, simultánea y continua, y cada uno está profundamente involucrado en la vida de los demás. Es previsible que cada vez más nos veamos envueltos en el proceso de conquista de un mundo básicamente literario por la revolución tecnológica que retrotrae al analfabetismo, en aras de los lenguajes artificiales formalizados. Efectivamente, la lectura es un hábito condicionado a la existencia de una cultura escrita y a la disponibilidad de ocio y aislamiento. Si la cultura escrita es remplazada por la audiovisual y el ocio se instrumenta en la consecución de actividades y pasatiempos gregarios, no habrá condiciones mínimas para la supervivencia de la lectura.

Cuando se piensa en la juventud como una civilización parcial, generalmente se postula que sus miembros pueden convertirse o bien en factores de cambio o bien en los instrumentos más dóciles y proclives a la aceptación de los cambios operados por la revolución tecnológica de los robots y la electrónica. Creo que interesa, por lo tanto, preguntarse por la actitud que asumen los jóvenes, aquí y ahora, frente a la cultura escrita.

JÓVENES QUE LEEN Y JÓVENES QUE ESCRIBEN

Hace algunos años, Noé Jitrik planteó, en un curso de temporada de la Universidad Nacional de Córdoba, las pautas ineludibles para estudiar el tema de la participación juvenil en el fenómeno literario³. Creo que no es inútil resumir el esquema propuesto por Jitrik en un nivel de gran generalidad, como marco para situar algunas observaciones mucho más restringidas sobre las actitudes de los jóvenes estudiantes platenses como consumidores de literatura.

En primer término, importa definir qué es un joven: "alguien para quien el futuro es un conjunto de opciones que van conformándose en él y seleccionándose antes de convertirse en una construcción o en una empresa". Pero esta generalización conceptual aparece matizada luego por la consideración de factores sociales que diversifican las opciones y, obviamente, las selecciones: hay, por lo tanto, jóvenes de países industrializados y subdesarrollados, de la capital y el interior, de alta burguesía, clases medias y proletarios, varones y mujeres. Atravesando esta categorización, la juventud puede agruparse en función de sus vínculos con la literatura, en tres sectores: los marginados porque permanecen en un estadio acultural, los consumidores y los que intentan producirla.

El tema del consumo literario, planteado sociológicamente, obliga a preguntarse (no sólo acerca de los jóvenes, sino de todo lector) para qué se lee, qué se lee y cómo se eligen las lecturas. Para el primer punto, Jitrik codifica cuatro objetivos predominantes: por distracción, por evasión, en búsqueda de "barniz" o de auténtica formación cultural, o por afán de estar al corriente de las modas culturales. En el segundo, organiza los tipos de lectura en una escala de complejidad creciente: historietas, fotonovelas, libros de circulación masiva con temas de acción (policiales, de bandoleros, espías y piratas), variantes más refinadas de estos temas y ciencia ficción, *best-sellers*, y por último la literatura "necesaria", el libro que se busca como auténtico enriquecimiento o ampliación de la conciencia. En cuanto a los mecanismos de elección, Jitrik distingue el caso de quienes buscan lecturas por iniciativa propia, condicionados por la presión cultural, frente a los que leen inducidos por la escuela o por el aparato publicitario y comercial. Acota de paso el fracaso de la literatura juvenilista, que aun si es de buena calidad (Rolland, Güi-

³ JITRIK, NOÉ: *Participación de la juventud en la literatura*, en "Memoria del Sexto Curso de Temporada", organizado por el Departamento Coordinador de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Córdoba (abril de 1965). Córdoba, 1968, págs. 875-99.

raldes), se lee o se deja de leer por las mismas razones que las obras no dirigidas a la juventud, pero que en el caso de la mala literatura, desgraciadamente todavía en circulación, degrada la inteligencia infantil o adolescente zampándole una papilla predigerida y huérfana de vitaminas. Según comprobación de Jitrik, un 25 % de los lectores de una biblioteca circulante cordobesa, estudiantes universitarios de ambos sexos, no aceptan sugerencias de los empleados y optan por elegir preferentemente novelistas argentinos y algunos autores extranjeros. Este "criterio formado" no responde a una orientación estética o ideológica determinada, sino que coincide con las reseñas y recomendaciones publicadas en los semanarios de actualidad: revela sin lugar a dudas la categoría de los lectores que quieren estar al día. La motivación por vía escolar es para Jitrik la más ineficaz: la selección y tratamiento de los textos convierte en penosa disciplina una experiencia que debería ser fructífera y estimulante en la infancia y adolescencia, y podría serlo si no se practicara sobre tediosas lecturas obligatorias. Más eficaz es la motivación inducida por el aparato comercial, que por supuesto no se interesa demasiado por el beneficio espiritual del cliente.

El meollo de la ponencia de Jitrik es su tercer capítulo, la consideración del joven escritor que aspira a producir literatura. La cuestión inicial es definitoria: no se puede acudir a los criterios de edad, de autor principiante, ni siquiera al elemento de rebeldía, aunque estos ingredientes pueden aceptarse como subsidiarios. Lo esencial es que se dé una trasposición de rasgos juveniles a la obra. Entre esos rasgos, Jitrik enumera: actitud receptiva y de aprendizaje, reflejada en los temas y en su problematización; acentuación de lo afirmativo en un contexto acrítico; práctica fluctuante de géneros; inmadurez expresiva que se manifiesta exteriormente por vacilaciones formales e interiormente por un aislamiento o marginalidad frente a los demás y a la posible repercusión de su obra. Cuando plantea, en segundo término, qué es la literatura para el joven escritor, Jitrik advierte que la respuesta difiere para cada clase social: el proletario no manifiesta interés por la creación literaria; como en otros órdenes de la producción, se siente ajeno a los objetos privilegiados para las clases dominantes y a lo sumo se les acerca como consumidor. El joven de alta burguesía tiene la libertad de dedicarse a la literatura por vocación; puede escribir, si le divierte, como dedicarse a cualquier otra actividad ociosa. Los productos suelen resultar complacientes descripciones de un mundo confortable y exquisito. Para el joven de clase media, la literatura es un instrumento de liberación, le permite romper el cerco de mediocridad de su ambiente por una vía prestigiosa de notoriedad. Con o sin auténtica vocación, se suele privilegiar lo expresivo y

subjetivo, plasmado como un conflicto yo-mundo, para el que la poesía resulta vehículo predilecto. El conflicto se evidencia con rasgos distintos en cada sector de la juventud. En los varones, la ruptura con el medio se manifiesta en el plano social, como rechazo de las convenciones y mediocridad de la familia, el barrio, los amigos de infancia; el amor es un desgarramiento. Para las mujeres, el auspicio inicial de la familia puede convertirse en celoso aislamiento si la vocación las aparta del núcleo familiar. Esa opresión determina una temática nostálgica, de memorias infantiles y escolares; el amor es un refugio y una posibilidad de realización. Las estructuras histórico-sociales condicionan en los jóvenes de clase media resultados más complejos del conflicto yo-mundo, si se compara a los escritores de Buenos Aires con los del interior. Éstos suelen acceder a la literatura por la universidad, los paraliza una avidez hiper-crítica de información, padecen límites señalados por las pautas culturales estratificadas y el control social de la rebeldía. En la capital se escribe al margen de la universidad, el autodidactismo tolera la improvisación, el anonimato permite ejercitar la rebeldía sin autocensura, la competencia por el éxito obliga a poner en juego la audacia, la imaginación, el talento. Luego, Jitrik pasa a plantear la cuestión de para qué escribe el joven: básicamente, para canalizar un descontento, pero además para liberarse, seducir, triunfar; es decir, por narcisismo. Como ese estímulo suele diluirse con el tiempo, una de las categorías para medir la juventud podría ser la necesidad de escucharse y reflejarse en la obra. Habitualmente, el escritor se forma pasando por dos etapas, a partir —naturalmente— de una inclinación previa: primero, lecturas planificadas, y luego, la adopción de un modelo. Hasta ahora, en nuestro país han tenido vigencia dos modelos: primero, el europeo, fundamentalmente francés, cuya meta y límites han sido la depuración estética del discurso; luego el yanqui, que propone una literatura de experiencia, vital y cotidiana. Estos modelos —dice Jitrik— proporcionan los materiales para construir un mito del escritor como individuo privilegiado, digno de respeto, fortuna y honores. La literatura oficial, que tiende a confirmar las estructuras políticas, sociales y económicas imperantes, explota ese mito prometiendo a los jóvenes que acepten sus cánones y facilidades de acceso a la élite literaria mediante concursos y premios. Quienes rechazan el canto de sirena, generalmente sustentando posturas izquierdistas, pueden refugiarse por algún tiempo en una literatura independiente, o más bien clandestina, por las dificultades económicas que plantea a sus adherentes la publicación de sus obras y el mero hecho de sobrevivir. Después de una o dos costosas experiencias, el escritor independiente se enfrenta con tres alternativas: o abandonar definitivamente

Los jóvenes frente a la literatura

la literatura, o entregarse paulatinamente a la literatura oficial, o ubicarse crítica y definitivamente en ideologías de izquierda. El trabajo de Jitrik concluye con una crítica al planteo generacional, que suele diluir esta problemática de la creación literaria juvenil con el argumento de que cada generación rompe violentamente con sus predecesores. Parece muy dudoso que las barreras de edad sean más insalvables que algunas de las destacadas por el análisis sociológico: la de los sexos, las regionales, las de clases sociales, y sobre todo, la de la cultura dependiente de un país subdesarrollado frente a sus metrópolis. La propuesta de Jitrik es que se estudien críticamente los manifiestos generacionales: se podrá comprobar que los postulados juveniles, aunque disfrazados de autoafirmación jactanciosa, no eluden posibilidades igualmente válidas para los mayores. La diferencia radica en que los mayores ya han cristalizado sus experiencias, están menos en disponibilidad que los jóvenes para ampliar su campo de operaciones. En suma, que "la renovación formal que los jóvenes traen a la literatura y el mayor o menor enriquecimiento imaginativo que algunas épocas de la literatura presentan no son resultado de un ritmo generacional sino de un aquilatamiento de material literaturabilizable que provee la colectividad entendida como conjunto de tensiones y dinamismos".

¿EN QUÉ CONDICIONES LEEN LOS JÓVENES?

Con el propósito de concretar algunas cuestiones sobre el consumo literario del público juvenil, he creído oportuno practicar un sondeo de opiniones y preferencias entre estudiantes de escuelas platenses, a partir del cual voy a considerar las circunstancias azarosas en que practican la lectura y el papel que deberían asumir las clases de literatura como orientación del gusto y del espíritu crítico ⁴.

El primer problema que plantea el estudio de la actitud del lector frente a su objeto de consumo es el de la marcada diferencia de oportunidades que ofrece la industria cultural para la satisfacción de las

⁴ Debo manifestar aquí mi agradecimiento a las autoridades y personal de la Escuela Superior de Periodismo, Escuela Superior de Comercio Libertador General José de San Martín, Liceo Víctor Mercante e Instituto Carlos N. Vergara, que facilitaron la aplicación del cuestionario en fecha poco oportuna para alterar el ritmo del curso lectivo (octubre-noviembre de 1971). Por este motivo, no se obtuvieron todas las respuestas esperadas, de modo que la representatividad de la muestra es técnicamente discutible. Por lo tanto, he preferido restringir las formulaciones estadísticas a algunas someras aproximaciones. Tengo en mi poder 147 respuestas de 83 mujeres y 62 varones (más dos que no indicaron su sexo) entre 15 y 26 años de edad; el 60 % de los consultados declaró 17-18 años, 25 % superan esa edad y 15 % no la alcanzan todavía.

necesidades de información y entretenimiento. En el aprovechamiento de su tiempo libre, un individuo puede optar entre una amplia gama de pasatiempos, la mayoría de ellos más accesibles que el libro, en cuanto implican menor esfuerzo activo. No deja de ser un obstáculo importante para la lectura el hecho de que obliga a aislarse, mientras las demás alternativas constituyen actividades grupales, o por lo menos espectáculos compartibles. Preguntados acerca de las prioridades que establecen en la organización de su tiempo libre, un 80 % de los encuestados respondió que conversar con amigos le interesa más o igual que leer, y a un 60 % le interesa más o igual bailar o escuchar música que leer. La predilección por la lectura se manifiesta, en cambio, por contraste con actividades como ver cine o televisión, practicar deportes o manejar vehículos. Un tercio de los encuestados dice que prefiere leer antes que dedicarse a cualquiera de esos entretenimientos. Algunos indicios que surgen de otros puntos del cuestionario, sin embargo, permiten sospechar que las lecturas no se aprovechan del mismo modo que, por ejemplo, el cine y la televisión. En todo caso, los estímulos sociales para estar al día en lo que se ve en cine o televisión son enormemente más poderosos que los que incitan a la lectura: sobre todo, la simultaneidad de exhibición para públicos numerosos facilita el intercambio de comentarios y opiniones.

En la mayoría de las respuestas se comprueba que la información sobre cine y televisión es mucho más nutrida y actualizada que acerca de escritores y obras literarias. Al margen de los errores de ortografía en nombres y títulos, aparecen gruesas fallas de ubicación contextual, que obligan a sospechar por lo menos que la lectura de las obras citadas ha sido muy superficial. Esas falencias se manifiestan de dos maneras: en la adscripción de los escritores a un área cultural ajena (porque en el formulario se hacía una distinción entre autores nacionales y extranjeros) y en la adjudicación de obras que no les corresponden. Dentro del primer tipo, se han "infiltrado" entre los autores argentinos Simone de Beauvoir, García Márquez, Bécquer, Isaacs, Casona, Benedetti, Saint Exupéry, Martí y Cervantes, en tanto que se han "fugado" al exterior (con curiosa reiteración), Alfonsina Storni, Cortázar y Laferrère. Algunos ejemplos del segundo tipo de confusión son pintorescos y difíciles de explicar, a menos que admitamos que la enseñanza que se les imparte a esos jóvenes inhibe sus aptitudes de coordinación mental. Hay quien atribuye *Don Segundo Sombra* a Lugones, uno que adjudica *Rayuela* a Borges y otro a Silvina Bullrich, alguno dice que *Amalia* es de Almafuerte, varios sostienen haber leído cuentos de Sábato. Uno cita el *Fausto* de Sarmiento, otro *La brújula y la muerte* (sic) de Unamuno, alguien recuerda *La zapatera prodigiosa* de Cervantes, quien *Mis montañas*, de

Los jóvenes frente a la literatura

Echeverría, quien *Una viuda difícil* de Laferrère. Por no recargar las tintas, omito las confusiones en títulos ajenos a los programas escolares. En cambio, no hay prácticamente error alguno en los títulos de filmes y programas de televisión. Es evidente que esas producciones se incorporan de inmediato al universo cultural de los jóvenes, mientras que la literatura les endilga informaciones que no les interesan y no pueden retener.

Además, este público adolescente (lo mismo que el público adulto puerilizado) no puede orientarse eficazmente en la maraña de estímulos superpuestos que proyectan indiscriminadamente los medios contemporáneos de comunicación masiva. Tres cuartas partes de los encuestados tienen aparato de televisión en su casa, y la proporción supera el 90 % si nos limitamos a los estudiantes secundarios, excluyendo a los de periodismo, que en su mayoría proceden del interior y están alojados fuera del núcleo familiar. La mitad de los encuestados ve televisión todos los días, una cuarta parte de dos a tres veces por semana y la otra cuarta parte sólo excepcionalmente. Si es cierto que les interesa menos que leer, la razón de que muchos de esos teleadictos estén todos los días pegados al televisor debe ser el simple motivo de tener el aparato en su casa y no poder sustraerse a su atracción y a la orientación TV-céntrica de la familia. La frecuencia con que los encuestados concurren al cine parece confirmar esta hipótesis: sólo un 16 % va más de tres veces por mes y un 20 % una o dos veces por mes; el resto sólo asiste cuando tiene especial interés por un filme. Al factor comodidad, por último, hay que agregarle el no menos importante del costo de los libros y las entradas al cine, todo lo cual configura un cuadro en el que la televisión resulta un canal privilegiado de aprehensión cultural. La característica de este canal, por comparación con los demás, es que reduce al mínimo los mecanismos selectivos. En el caso del cine, en que la elección de programas es un compromiso entre las preferencias del espectador y las opciones que le ofrece la cartelera, he tratado de indagar cómo operan esos mecanismos selectivos. La mitad de los encuestados sostiene que elige los filmes por su propia valoración del tema o género en primer lugar, así como de los actores o el realizador. Dos quintas partes del total manifiestan leer los comentarios periodísticos y un tercio admite que recibe las sugerencias de personas conocidas.

Los ejemplos aducidos como muestra de preferencias revelan un alto grado de cultura cinematográfica; actores y realizadores están entre los grandes exponentes de sus respectivos oficios. Los intérpretes más votados son A. Quinn, A. Alcón, I. Montand, M. Mastroianni, A. Delon,

D. Hoffman, J. P. Belmondo, A. Girardot, Ch. Bronson, S. Loren, G. Peck, C. Deneuve y T. Stamp; es significativa la ausencia total de ídolos surgidos del canto y la música *beat*, con excepción de un voto para los Beatles. Los directores preferidos son I. Bergman, P. P. Pasolini, F. Fellini, L. Torre Nilsson, M. Antonioni, R. Polanski, L. Buñuel, L. Visconti, M. Antín y C. Lelouch. Los argentinos integran la lista seguramente por sus últimas obras, de reconstrucción histórica; esta temática fue también una de las preferidas en el rubro géneros, detrás de los problemas políticos y sociales. Dentro de la parvedad con que los jóvenes formularon sus ideas al respecto, estos temas preceden a los románticos, humorísticos, amorosos, de aventuras, de la vida cotidiana, documentales y musicales. En realidad, son muy pocos los que fundamentan sus preferencias con ejemplos concretos; habría que preguntarse si la mayoría no habrá contestado ilusoriamente que se guía por sus propias valoraciones.

Inducidos o espontáneamente inclinados, lo cierto es que casi la mitad de los encuestados fueron a ver *Love Story*, idilio trágico de factura norteamericana que sólo satisfizo a dos terceras partes de sus espectadores. Con la única excepción de *Teorema*, la compleja parábola de Pasolini, que disgustó a la mayoría de su público, los filmes que siguen en la nómina de los más votados (*Aeropuerto*, *Historia de un amor prohibido*, *Morir de amor*, *Z*, *M.A.S.H.*, *Busco mi destino*, *Metello* y *Woodstock*) suscitaron la adhesión unánime o poco menos de los jóvenes.

En el rubro televisión, cuatro tipos de programas aventajan notoriamente al resto: los periodístico-informativos, el cine o series filmadas, los musicales y los humorísticos. Todos ellos interesan a más de la mitad de los encuestados, aunque conviene advertir que la orientación vocacional de los estudiantes de periodismo ha influido para dar prioridad a los informativos, que en los estudiantes de las escuelas secundarias quedan en cuarto lugar. Para otros tipos de programas, es necesario hacer una discriminación por sexo: los deportivos interesan sobre todo a los varones; los teleteatros, los de entretenimientos y los educativo-culturales tienen mayoría de espectadoras. Los deportivos atraen a un 30 % de los encuestados y los otros géneros a menos del 20 %.

QUÉ LEEN LOS JÓVENES

La variedad de intereses que cubre la televisión es sin lugar a dudas uno de los factores de su éxito frente a la lectura, aunque una ojeada a cualquier puesto de revistas bien provisto demuestra que esa diversidad

Los jóvenes frente a la literatura

también se manifiesta en la producción escrita. Tomando en cuenta entonces todas las opciones de lectura en un sentido amplio, trataré de analizar qué leen los jóvenes, y en el sentido más restringido de la literatura propiamente dicha, qué recuerdan de esas lecturas, o para decirlo de otro modo, qué imagen tienen de la literatura.

Contra lo que suele suponerse, las historietas, fotonovelas y colecciones baratas de subliteratura no son competidores peligrosos de la lectura más "seria". Por lo menos, eso es evidente en el sector estudiantil de la juventud, que en un 43 % declara que no acostumbra leerlas. Posiblemente, a juzgar por la abundante publicidad que incluyen sobre cursos por correspondencia y academias de oficios, los editores apuntan a un público de extracción proletaria, marginado de la escuela media. De los estudiantes consultados, y que sí las leen, la mayoría se inclina por las historietas humorísticas. En primer término, *Mafalda*, una tira del dibujante Quino que satiriza los tabúes de la pequeña burguesía a través de personajes infantiles, con una *enfant terrible* como protagonista; luego, el costumbrismo conformista y anticuado de *Patoruzú*, *Isidoro* y *Patoruzito*, personajes de Dante Quintero. En quinto lugar, y para un público exclusivamente femenino, aparecen las novelas semirrosas de Corín Tellado y las fotonovelas de *Nocturno* y *Anahí* (lecturas más esporádicas que habituales, y no siempre con juicios favorables). El último grupo lo constituyen las historietas de acción y aventuras (*El Tony*, *Intervalo*, *D'Artagnan*), que concitan la atención preferente de los varones, también esporádica y también con algunos juicios desfavorables.

En cambio, las revistas —de diversos géneros— parecen encontrar mejor eco en la juventud. En primer lugar, los semanarios de actualidad *Gente* y *Siete Días*, leídos con bastante asiduidad por más de la mitad de los encuestados. Aunque son algo más formales, pertenecen al mismo tipo de publicación *Panorama* (que está en cuarto lugar), *Primera Plana* (en el séptimo), *Life* y *Análisis*. Las dos primeras atraen a un diez o quince por ciento de los jóvenes, las siguientes a un 5 %, y otros semanarios apenas han sido citados en una o dos respuestas. El tercer lugar en la nómina de publicaciones periódicas lo ocupa *Transformaciones* (también en este caso la influencia de los estudiantes de periodismo es decisiva), una colección de fascículos sobre temas y problemas de la actualidad mundial, publicada por el Centro Editor de América Latina. Otras colecciones de esta misma empresa (*Polémica*, sobre historia argentina, y *Capítulo*, sobre literatura argentina y universal) figuran en posiciones intermedias de la lista. El quinto y sexto lugar los ocupan revistas exclusivamente femeninas (*Vosotras* y *Claudia*), y otras del mismo tipo

aparecen en 10º y 11º puesto (*Para Ti* y *Femirama*). Las revistas deportivas ocupan el 8º lugar (*El Gráfico*), el 15º (*Goles*), el 20º (*Corsa*) y el 22º (*Automundo*). Casi un diez por ciento lee *Selecciones del Reader's Digest* y sólo la mitad de esa cifra alcanzan los lectores de la revista política más encumbrada de la nómina, *Cristianismo y Revolución*, que está en 14º lugar. Las revistas que se anuncian como específicamente juveniles, y que explotan la supuesta atracción de la música *beat*, los ídolos del espectáculo y las posturas "no convencionales", apenas alcanzan el 16º puesto (*Pelo*) y el 19º (*La Bella Gente*). Detrás quedan las educativas y técnicas (*Monitor*, *Mecánica Popular*, *Mundo Animal*, *Fotomundo*), una humorística (*Rico Tipo*), una con programas y chismes de televisión (*Canal TV*) y una de crítica bibliográfica de alto nivel (*Los Libros*). Siete por ciento de los consultados declararon que no leen revistas.

Si pasamos ahora a considerar qué leen los jóvenes dentro de la literatura propiamente dicha, vamos a encontrar en sus respuestas material para plantear muchas dudas, problemas e hipótesis polémicas sobre el papel que desempeña la lectura dentro de su formación cultural, y para poner en tela de juicio la existencia en nuestro medio de una "civilización parcial juvenil", en el sentido de Tenbruck, como pretenden hacernos creer (hacerles creer a los jóvenes clientes, mejor dicho) algunos avisadores publicitarios y promotores de espectáculos, generalmente adultos.

Obviamente, el libro es un artículo de adquisición personal. En cambio, las publicaciones periódicas —tanto revistas como diarios— circulan fácilmente por todos los miembros de la familia del comprador. Además, por su ritmo de aparición y sus eficientes redes de distribución, se convierten en necesidades casi, en hábitos muy compulsivos, y resultan así más accesibles que los libros para los jóvenes, que las encuentran a mano, en la casa, aunque no se molesten en comprarlas. Veamos entonces qué ocurre con los suplementos semanales de los diarios, que ya no son exclusivamente literarios, como por mucho tiempo lo fueron las ediciones dominicales de *La Prensa* y *La Nación*, sino que se han convertido en una o más revistas de actualidades gráficas, con una obvia función de apoyo a la publicidad más suntuosa.

Como es de esperar, dada la circulación del periódico local *El Día*, la mayoría de los jóvenes platenses lee su suplemento dominical, que con justa razón la mitad de ellos considera desfavorablemente o con indiferencia. En segundo lugar, los jóvenes (o sus padres) prefieren el de *Clarín*, el matutino de mayor tirada del país. En tercer lugar aparece el

Los jóvenes frente a la literatura

de *La Opinión*, juzgado casi con unanimidad y merecidamente en forma favorable. El vetusto suplemento de *La Nación*, que ocupa el cuarto lugar, parece leerse más regularmente que otros (salvo el de *El Día*), y le siguen en orden cuantitativo; *La Razón*, *Gaceta* (local), *La Prensa* y *Crónica*.

Los suplementos literarios, tanto por sus comentarios bibliográficos como por la publicidad de editoriales y librerías que incluyen, deberían ser una fuente de información y orientación selectiva para las lecturas, si efectivamente se los leyera con atención e interés. Aunque la mayoría de ellos dejan mucho que desear como reflejo de una auténtica cultura nacional y representan por lo general intereses de clase y de sectores, de todos modos cumplen ese papel informativo para lectores que no compartan incluso los presupuestos ideológicos de sus propietarios y sus presuntos destinatarios. En los diarios capitalinos se mantiene desde hace mucho tiempo una tesitura solemne que no da cabida sino a regañadientes a ciertas manifestaciones (comercializadas) de la cultura juvenil, como los discos, las modas en el vestir, algunos espectáculos, etc. El suplemento de *El Día* es tal vez el único que deliberadamente —aunque con excesiva frivolidad— se ha propuesto buscar el mercado juvenil, con lo que suele desatar polémicas divertidas y a veces grotescas en su sección de cartas de los lectores.

¿En qué medida, entonces, influyen los diarios en la cultura literaria de la juventud? Creo que aunque ellos dicen leer los suplementos, esa influencia es muy escasa porque —en otro nivel— los diarios actúan como la televisión y como los diversos aspectos de la cultura de los adultos que ya hemos considerado, suministrando a los jóvenes un acopio de información multiforme e indiscriminada, cuyo efecto más probable es la desorientación o el rechazo de la lectura.

En el terreno literario, como en los demás aspectos, se produce esta penetración pseudo-espontánea (en realidad, motivada comercialmente) a la vida literaria de los adultos, superpuesta a otra vía de acceso, la orientada por la escuela, mediante la lectura obligada de obras de autores clásicos, en el sentido etimológico de la palabra (es decir, consagrados por los programas de enseñanza).

Podemos observar esta dicotomía más nítidamente en el campo de la literatura argentina que con respecto a autores extranjeros, prácticamente excluidos (salvo los españoles) de la escuela media. Para la literatura extranjera, la introducción desorientada es la forma normal de abordaje. Pero antes de pasar a esta cuestión, es interesante observar en

qué géneros literarios declaran interesarse los jóvenes. En abstracto, la mayoría de votos se inclina por la narrativa: en primer término cuentos y luego novelas. Pero cabe observar también que estas manifestaciones genéricas no siempre parecen compatibles con los ejemplos de obras y autores que el mismo encuestado propone. De todos modos, debemos aceptar sus declaraciones como espontáneas: en tercer lugar queda la poesía, en cuarto sitio el humorismo y luego, en ese orden, el teatro, el ensayo y la crónica o biografías. Pero como también se les interrogó sobre lecturas en materias no literarias, hay que advertir que las respuestas a este punto, sumadas, exceden incluso a la predilección por el cuento. Claro está que aquí cada sujeto podía incluir varias materias. Entre estas últimas, la predilecta es la política, seguida por los temas científicos en general, la sociología, historia en general y en algunos casos especificada (historia antigua, argentina, medieval, contemporánea), economía, geografía, mitología, medicina, historia del arte, psicología, biología y música.

En las respuestas a esta pregunta sobre géneros favoritos, los encuestados se manifestaron como lectores consumados y empedernidos, señalando habitualmente cuatro o cinco géneros a la vez. Sin embargo, muchos tuvieron dificultad para completar las primeras preguntas del cuestionario, que solicitaban una opinión sobre cinco autores argentinos y cinco extranjeros leídos últimamente, con indicación de la obra. Ya me he referido a las dificultades contextuales que provocaron errores de atribución y de ubicación nacional de autores muy conocidos. Ahora debo señalar, además, que alrededor de un 40 % de los encuestados no alcanzó a llenar los cinco espacios en cada una de las preguntas.

Aunque el peso de los programas escolares está volcado sobre autores argentinos, ello no incidió para que el desempeño de los consultados resultase mejor en este rubro que en el de los autores extranjeros. En el total de respuestas aparecen citados 92 autores, de los que 34 figuran más de tres veces. En los diez primeros lugares se encuentran Sábato (61 votos), Cortázar (60), Borges (59), José Hernández (47), M. Puig (42), Silvina Bullrich (39), H. Quiroga (31), Güiraldes (25), Dalmiro Sáenz (21), Echeverría (19). La lista completa de los citados más de tres veces confirma la dicotomía de que ya he hablado: Hernández, Güiraldes, Quiroga, Echeverría, Sarmiento, B. Lynch, Laferrère, J. C. Dávalos, Mármol, F. Sánchez, J. V. González, Obligado, Lugones, Ayala Gauna, Mansilla, Nalé Roxlo, Payró, son los "clásicos", a quienes gracias a algunos profesores modernizados se suman por excepción dos escritores vivos: Cortázar y Borges. Los escritores "no clásicos" son Sá-

Los jóvenes frente a la literatura

bato, Puig, Silvina Bullrich, Sáenz, Gudiño Kieffer, Poldy Bird, Marechal, Arlt, Beatriz Guido, Alfonsina Storni, David Viñas, Mujica Láinez, Hugo Wast, Tejada Gómez y Mallea. Todos ellos comparten la característica de ser o haber sido en otros tiempos —incluso en la generación de los padres de estos jóvenes— autores de éxito comercial, *best-sellers*, sin que esto implique connotaciones peyorativas. En algunos casos, es cierto, un autor de *best-sellers* explota la inocencia de su público con productos adulterados, pero en otros la venta responde a una auténtica apreciación de los méritos artísticos o ideológicos de la obra.

¿Aprecian realmente los jóvenes la producción de los autores consagrados por el éxito? La valoración de un texto literario es, por supuesto, un problema demasiado sutil para encasillarlo en las tres columnas que proponía sumariamente la encuesta, y realmente no se alcanza a percibir en qué criterios se funda un lector para juzgar favorable o desfavorablemente una obra, u optar por una neutralidad indiferente. De todos modos, es sintomático que en proporciones que a veces llegan al 40 % de los votos para determinado autor, los juicios sean negativos o indiferentes. Las excepciones más notables son la persistente fidelidad al *Martín Fierro*, que casi no suscita objeciones, y la unanimidad de adhesión a los autores más jóvenes (Gudiño Kieffer y Poldy Bird). De todos modos, éstos están lejos de ser coetáneos de sus lectores, y su presencia en la muestra no justifica que se hable de una literatura representativa de la juventud actual. Debemos suponer que no existe aquí una literatura típicamente juvenil, producida y leída por jóvenes, salvo que circule clandestinamente, al margen de las redes comerciales de distribución. De modo que los jóvenes platenses, como por otra parte debe ocurrir en otros sitios, de buena o mala gana se limitan a las lecturas que les propone la escuela o su ambiente, y no muestran mayor iniciativa por seleccionar títulos o autores que no estén al alcance de la mano.

Entre los autores extranjeros, la escuela suele apuntalar el prestigio de los clásicos (y “modernos” clásicos) españoles, consagrados por el consenso social como pilares de cultura. Así se explica que aparezcan en los primeros puestos Bécquer (28 votos) y Rubén Darío (26), en sexto lugar Cervantes (20), en el 13º Alejandro Casona (12), en el 20º Lope de Vega (9) y más atrás Calderón, Antonio Machado y García Lorca. Sus rivales más afortunados son los *best-sellers*, especialmente si han sido avalados por una versión cinematográfica o por una campaña publicitaria intensa: 3º) *Papillon* de H. Charrière (25), 4º) *Love Story* de E. Segal (23), 5º) *Teorema* de Pasolini (21), 7ª) Simone de Beauvoir, con diversas obras (19), 8os. *Aeropuerto* de A. Hailey y *Cien años de soledad*

de García Márquez (18). Después de Neruda, décimo con 17 votos y seguramente actualizado por el otorgamiento del Premio Nobel, los autores más votados son Camus, Saint Exupéry, Casona, Poe, Sartre, Shakespeare, Bradbury y Tolstoi. Como puede verse, la misma competencia entre clásicos y *best-sellers*, pero a la vez una mayor dispersión de los votos, como resultado de la menor proporción de lecturas escolares obligatorias, que sólo afectan a algunos españoles.

Un factor favorable ha sido en varios casos la aparición reciente de ediciones de bolsillo a precios reducidos. En este aspecto, por ejemplo, la Biblioteca Básica de Salvat es responsable del reflatamiento de algunos clásicos prácticamente desconocidos en nuestro medio, y la colección Narradores de Hoy, del Centro Editor de América Latina (que comenzó a aparecer después de practicada la encuesta) puede producir un efecto similar en cuanto a difusión de autores contemporáneos.

CONCLUSIONES Y PROYECCIONES

He tratado de demostrar a través de un sondeo de opiniones recogidas en jóvenes estudiantes de La Plata que la literatura es un ingrediente importante en el cuadro de su formación cultural, pero que las condiciones competitivas en que se presentan las motivaciones culturales en la sociedad de masas relegan a la lectura detrás de la televisión y el cine. He tratado de demostrar también que aunque los jóvenes manifiestan un respeto inconsciente por la lectura (resabio quizá del prestigio tradicional de la cultura literaria), se sienten mucho más cómodos y seguros opinando sobre filmes y programas de televisión que sobre libros y autores. He tratado de demostrar que los jóvenes no tienen aquí una civilización parcial, con valores específicos y productos exclusivos en materia literaria, sino que se pliegan a las pautas que la industria cultural ofrece indiscriminadamente a todo público. He tratado de demostrar que en el caos de estímulos diversos ofrecidos por la industria cultural y por la sociedad en general, los jóvenes suelen desorientarse y extraviarse por falta de ubicación contextual, histórica e ideológica (lo cual suele ocurrirles también a no pocos adultos). En muchos casos, esa desorientación y la falta de preparación técnica para la lectura literaria los lleva a juicios apresurados e inmerecidos, tanto en sus rechazos como en sus entusiasmos, y lo que es peor, provoca con mayor frecuencia aún una reacción de indiferencia que los aleja progresivamente de la literatura. He tratado de demostrar por fin que la escuela media hace muy poco por remediar esas deficiencias, principalmente porque la enseñanza

Los jóvenes frente a la literatura

de la literatura está aferrada a la presentación paradigmática de algunos modelos canónicos, de los cuales solamente algunos (el caso de *Martín Fierro*) interesan realmente a los jóvenes de hoy.

El problema es grave y obligaría en realidad a profundizar y ajustar el diagnóstico. Pero sobre la base de estas conclusiones preliminares creo que se pueden formular algunas sugerencias que podrían tomarse eventualmente en cuenta para reducir la brecha que separa los contenidos programáticos de los intereses estudiantiles. El problema se le presenta indefectiblemente a todo profesor de literatura que se sitúe frente a su clase con un texto en el que él percibe un tesoro de connotaciones históricas y estéticas, y al mismo tiempo sospecha que sus oyentes están vírgenes en absoluto de todo ese universo de connotaciones, y que el tiempo de que dispone es ínfimo para lograr siquiera una mediana comprensión del texto, no digamos ya de su contexto.

En primer lugar, creo que es importante que la escuela no se limite a considerar la literatura como un corpus definitivo de materiales sobre los que hay que transmitir información (aunque esto suele no hacerse siquiera sobre las obras, sino sobre la biografía del autor y otros detalles anecdóticos). El peso de la historia literaria no gravita decisivamente sobre la cultura contemporánea, dinamizada y amplificada a extremos increíbles por la tecnología de la comunicación de masas. Por otra parte, esa erudición histórica inabarcable por la memoria individual resulta fácilmente accesible, en cualquier momento y al instante, gracias a esa otra exuberante floración tecnológica que es la bibliotecología. ¿Para qué acumular datos que suministra cualquier fichero o enciclopedia, para qué enseñar historia literaria, si lo que importa es que el estudiante aprenda a valorar un texto, a disfrutar de su calidad estética e integrar coherentemente sus contenidos con el resto de su cultura personal? La clase de literatura debería brindar la orientación que el estudiante no encuentra en ninguna otra parte sobre la manera (o las múltiples maneras) de abordar una obra, de sacarle el máximo provecho, de apropiarse de sus riquezas. No importa que se lea el *Quijote* o el último suplemento dominical de *La Opinión*; sí importa que esa lectura sea fecunda, que el texto resulte vital y adecuado a las circunstancias del lector.

Por otra parte, creo necesario aclarar que esta expansión programática que propongo no implica aceptar indiscriminadamente cualquier material como literariamente válido. Uno de los rasgos definitorios de la cultura de masas es para el teórico italiano Dorfles su proclividad a degradar la obra artística sacándola del contexto y convirtiéndola en vehículo de una satisfacción hedonista o de una apelación publicitaria al mayor

consumo⁵. Hay que evitar precisamente esta degradación si queremos salvar a la literatura del colapso. No la favorecen las tiradas espectaculares, si para lograrlas el escritor se prostituye a acomodar su obra a los dictados de una moda que supuestamente demanda el público, pero en realidad controlan y dirigen los zares de la industria cultural. Es importante que los estudiantes adquieran el juicio crítico indispensable para distinguir la obra auténtica de la superchería.

Esto requiere, a su vez, otra explicación, para que no se pueda interpretar como una postura elitista y exquisita. Uno de los más graves males que padece tanto la literatura argentina, en su carácter institucional, como la formación literaria de nuestros lectores, es la persistencia del modelo que repite hasta el agotamiento las pautas aristocratizantes y extranjerizantes que señaló la generación de 1880. Creo que es importante que la escuela abandone la noción elitista de una literatura cuyos productos selectos están destinados al goce de espíritus refinados y minoritarios. Casi dos siglos después de que el romanticismo rompiera todos los moldes de la perfección clásica con su reivindicación de las fuerzas populares en la historia de las naciones, es irrisorio que los latinoamericanos sigamos pendientes de los lauros internacionales y del aplauso de las élites foráneas y sus agentes coloniales para saber cuáles de nuestros autores son dignos de estudio y cuáles no. Para que las clases de literatura se conviertan realmente en una experiencia vital y enriquecedora, profesores y alumnos deberían ponerse de acuerdo sobre los autores que merecen ser leídos, y debatir luego sobre los criterios que conviene adoptar para juzgar un texto literario.

⁵ DORFLES, GILLO: *Símbolo, comunicación y consumo*. Lumen, Barcelona, 1967.

APÉNDICE

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
 ESCUELA SUPERIOR DE PERIODISMO - CÁTEDRA DE LENGUA Y ESTILÍSTICA
 ENCUESTA SOBRE GUSTOS LITERARIOS DE LA JUVENTUD

1. Indicar: a) edad b) sexo c) establecimiento
 2. Opine sobre cinco escritores argentinos que haya leído:

Autor	Obra	Juicio		
		Favor.	Desfav.	Indif.
1				
2				
3				
4				
5				

3. Opine sobre cinco autores extranjeros que haya leído últimamente:

Autor	Obra	Juicio		
		Favor.	Desfav.	Indif.
1				
2				
3				
4				
5				

4. ¿Acostumbra leer novelas semanales, fotonovelas, historietas?

Título	Frecuencia		Juicio		
	Siempre	A veces	Favor.	Desfav.	Indif.
1					
2					
3					
4					
5					

5. ¿Acostumbra leer otro tipo de revistas?

Título	Frecuencia		Juicio		
	Siempre	A veces	Favor.	Desfav.	Indif.
1					
2					
3					
4					
5					

6. ¿Acostumbra leer suplementos literarios de los diarios?

Diario	Frecuencia		Juicio		
	Siempre	A veces	Favor.	Desfav.	Indif.
1					
2					
3					
4					
5					

7. Marque con una cruz sus géneros preferidos de lectura:

- | | |
|---------|------------------------|
| Novelas | Teatro |
| Cuentos | Humorismo |
| Poesía | Crónicas y biografías |
| Ensayos | Materias no literarias |

Si lo desea, puede agregar aquí qué materias no literarias le interesan (p. ej.: historia antigua, temas científicos, política).

8. En la programación de su tiempo libre, ¿qué prioridad tiene la lectura con relación a otras actividades?

Me interesa	Más	Igual	Menos	Que leer
a) Escuchar música o bailar				
b) Ver cine o televisión				
c) Practicar deportes				
(o manejar vehículos)				
d) Conversar con amigos				

9. ¿Con qué frecuencia va al cine? (marque con una cruz)

- Más de tres veces por mes.
- Una o dos veces por mes.
- Sólo a ver películas que me interesen especialmente.

10. ¿Cómo elige las películas? (marque con una cruz):

- Leyendo comentarios periodísticos.
- Por sugerencia de personas conocidas.
- Por mi propia valoración de:
 - Los actores
 - El realizador
 - El tema o género

Si su respuesta entra en el punto c), agregue detrás de la línea de puntos algunos ejemplos de sus preferencias.

11. Juzgue cinco películas que haya visto últimamente:

Titulo	Juicio		
	Favor.	Desfav.	Indif.
1			
2			
3			
4			
5			

12. ¿Con qué frecuencia mira televisión? (marque con una cruz):

- | | | |
|---------------------------------|--|----|
| a) Todos los días | ¿Hay un aparato de televisión
en su casa? | SI |
| b) Dos o tres veces por semana. | | NO |
| c) Excepcionalmente. | | |

13. ¿Qué géneros de programas televisivos prefiere? (marque con una cruz y luego señale detrás de la línea de puntos algunos ejemplos de sus preferencias):

- a) Musicales.
- b) Teleteatros.
- c) Cine o series filmadas.
- d) Periodístico-informativos.
- e) Deportivos.
- f) Humorísticos.
- g) Educativo-culturales.
- h) Entretenimientos.
- i) Otros.

Puede ocupar este espacio si desea ampliar algunos de sus juicios de valor sobre escritores, obras literarias, revistas o películas.